

## MÉXICO NECESITA LÍDERES, NO DEMAGOGOS (2006)

---

No solo por los recientes y vergonzosos comportamientos políticos se debe aceptar que México necesita con urgencia líderes en los ámbitos político, empresarial, educativo y hasta religioso.

Dice Bertrand Russell que el siglo XX fue el siglo de los infinitos rebaños y de los líderes semejantes a los dioses.

Los rebaños no han crecido por clonación, sino que son gestados por la pobreza extrema, por la necesidad, por la ignorancia. Son creados por las manos muy visibles de los líderes semejantes a los dioses que necesitan infinitos rebaños para curar su patología de poder y dominación; necesitan esclavos para amasar sus fortunas incontables, necesitan ignorantes indefensos para manejarlos como marionetas obedientes a los hilos que las mueven.

Las multitudes, miles de millones de los condenados de la tierra, son las masas que necesitan los políticos-demagogos para llegar a la silla del mando. Basta con la promesa del pan o con palabras redentoras.

Estas masas cruzan los votos baratos, forman las muchedumbres innumerables, obedientes, dispuestas a dar la vida por el supuesto redentor. Son la materia indispensable para tejer la túnica de la democracia con la que aparecen los lobos-tiranos. Son las fuerzas de vanguardia que llegarán en primera fila, indefensas, al matadero.

Se dice que Hitler confesaba con cinismo: odio a las masas, pero las necesito. Los gigantes de la corporación, de las empresas trasnacionales o nacionales, los que pagan uno, dos o cinco dólares por jornadas de diez y doce horas dicen lo mismo: odiamos a estos obreros, esclavos, sucios e ignorantes, pero los necesitamos. No puede haber amos sin esclavos. No puede haber conductores de rebaños sin rebaños.

Los jefes de los imperios dicen lo mismo: odiamos a los ilegales, a los desempleados, a los indigentes, pero los necesitamos para pagar el petróleo con sus vidas en la guerra. No importan los millones que mueren de hambre, porque es primero el precio de las armas. No importan las víctimas inocentes porque el imperio lo demanda.

Todos los demagogos son miserables y perversos, porque emplean a dignísimos seres humanos para sus fines de poder, de dominación o de maldecida riqueza. El discurso del demagogo está hecho de mentiras; adula para convencer y conseguir la entrega total e incondicionada de sus seguidores.

Se dice que en la Grecia de Pericles, cuando hablaban en el ágora Demóstenes y Esquines, los ciudadanos, al escuchar a Esquines, comentaban: ¡Qué bien habla, es un rui señor encantador! Y cuando preguntaban: ¿de qué habló Esquines? Decían: No sabemos, pero es encantador. El demagogo los hipnotizaba para obtener su voto a favor de Filipo de Macedonia. Sin embargo, cuando hablaba Demóstenes, los ciudadanos escuchaban y meditaban los argumentos que el gran líder había expuesto. (Un ejemplo es su excelente discurso “Por la corona”.)

La gran diferencia entre un auténtico líder y un demagogo es la misma que hay entre la autenticidad y la hipocresía, entre “ser verdad” y “ser mentira”, entre la grandeza y la miseria, entre servir y abusar.

Es necesario decir también que, con frecuencia, cuando un discurso no está de acuerdo con ciertos criterios e intereses, se califica de demagógico o populista. No son ciertamente demagogos los líderes sinceros que, con autenticidad y pasión, luchan a favor de los necesitados, de los marginados, de los abofeteados por una sociedad de clases inhumanamente egoísta y hedonista.

México necesita con urgencia líderes, no demagogos. “Liderazgo, —dice Platón— es una mezcla armónica de poder y de sabiduría; el poder sin sabiduría es tiránico, la sabiduría sin poder es frágil.” Es muy sabia la definición de gran filósofo griego. Ciertamente, el poder sin sabiduría genera tiranos que someten y tratan cruelmente a tantos países, mercados, escuelas, empresas.

El líder con sabiduría y poder muestra los mejores caminos, los ilumina y los protege, no los impone. El buen líder dice, con Antón Chejov: “¡Qué delicia es respetar a las personas!”, y mayor delicia amarlas. Y quien ama y se deleita amando a las personas no las engaña, ni las usa ni las explota. El buen líder nunca intercambiaría personas por poder o por dinero o por conquistas imperiales.

El buen líder mira a lo alto, sigue la sugerencia de Agnes Heller: “Nunca doubles la cabeza, manténla en alto. Mira al mundo directamente a los ojos”. El buen líder se propone utopías, porque, aunque son inalcanzables, ayudan a caminar. Pero, al mismo tiempo, es realista y sigue a Leonardo cuando dice: “El que no puede lo que quiere, que quiera lo que puede”; pero sin complejos, sin comparar su poder con la arenita insignificante.

El buen líder debe influir en los demás, no por la fuerza de su voz o de sus ademanes, sino por la calidad de su humanidad. Un estudiante, el último día de clases dijo a su buen maestro: “gracias profe, por ser como es” (gracias por la lección de su vida).

El buen líder debe ser auténtico. Un ser humano auténtico es el que piensa y obra de acuerdo con su dignidad. De hecho, autenticidad es sinónimo de “ser verdad”. Se da la perfecta adecuación entre la verdad del pensamiento y la verdad de la vida lograda con entusiasmo, con pasión y hasta con riesgo. Autenticidad es una palabra que expresa, primariamente, la afirmación del yo; el término griego *autós* significa “mismo”, y sustantivado equivale a mismidad o autenticidad.

México necesita con urgencia estos líderes. En la política, que empiecen por cumplir lo que proponen o exigen; como el gran Pericles, que solo exigía lo que vivía. No pedía austeridad, sino después de ser él mismo austero. No predicaba la democracia, sino hasta después de tratar a todos como iguales, sin privilegios para ricos ni influyentes.

México necesita con urgencia líderes en la política que amen al pueblo como se aman a ellos mismos; que no usen el poder y las leyes para su propio beneficio, como lo hacen los tiranos, plutócratas perversos; que, en una palabra, encarnen armónicamente poder y sabiduría.

Necesitamos líderes en las empresas que empiecen por afirmar y cumplir: “aquí lo más importante es la persona” (como la empresa en Mondragón del País Vasco). Necesitamos empresarios que, con imaginación, inventen las políticas para poner en primer lugar a las personas y tratarlas de acuerdo con su dignidad, pagar los salarios justos (entendidos como mínima distancia entre la justicia conmutativa y la distributiva).

México necesita líderes religiosos que prediquen sobre todo con su vida y que su vida se ajuste al evangelio que predicán. Líderes también universitarios que defiendan el derecho de los estudiantes a ser tratados como personas y no como las mercancías que exige el mercado. Líderes de las universidades que tengan fe en que la máxima aportación a la sociedad es propiciar los medios para la formación completa de estudiantes y profesionistas con gran calidad humana: desarrollo de la inteligencia de la imaginación, de la creatividad, de la voluntad firme, de la sensibilidad estética. El mejor medio para mejorar y transformar las sociedades son las universidades de gran calidad humana que cultivan la educación del hombre humano; no, ciertamente, las universidades mercantilistas.

Estos son los líderes que México necesita, líderes que encarnen armónicamente poder y sabiduría, porque el poder sin sabiduría es tiránico y la sabiduría sin poder es frágil.